

Revista Teológica

Publicación Trimestral de Teología y Homilética Luterana

Redactada por la Facultad del Seminario Concordia

Editor: Fr. LANGE

CONTENIDO :

	Página
Salmo 96	1
Bosquejos del Antiguo Testamento	13
Lo que los cohetes no pueden investigar ..	29
Tentación y Victoria	33
Bosquejos para Sermones	39
¿Sabía Vd?	48

Publicado
por
La Junta
Misionera
de la
Iglesia
Evangélica
Luterana
Argentina

¿PASTOR VERSUS PROFESOR?

Dr. M. H. Franzmann,
profesor del
Seminario Concordia,
St. Louis, Missouri, EE. UU.

El ambiente de nuestra iglesia está cargado de ciertas tensiones de índole teológica, tensiones que, al parecer, van en aumento. Son tensiones cuyos efectos sentimos todos, y nadie debería tratar de restarles importancia. Pero en el fondo de estas tensiones teológicas hay otra tensión, que en realidad es más seria que aquellas y que constituye un peligro más grave para la salud de la iglesia — me refiero a la tensión originada por la paulatina disminución de la confianza mutua, especialmente entre los pastores por una parte y los profesores de teología por la otra.

¿Por qué esa tensión? ¿Por qué esa disminución de la confianza mutua entre grupos que tienen tanto en común? — pues el que tengamos muchas cosas en común, nadie querrá ponerlo en dudas. Ambos, el pastor y el profesor, somos teólogos. Ocasionalmente, algún pastor dirá: "Yo no soy teólogo". Pero esto no lo puede decir en serio. ¿Acaso no predica sobre un texto bíblico? — ¡pues entonces es un exégeta! ¿El sermón de ese pastor tiene tres partes? — ¡pues entonces, él es un sistemático! ¿Declaró ese pastor su adhesión a las Confesiones Luteranas, y se empeña en conducir el servicio divino de su congregación en las formas tradicionales del año eclesiástico y de la liturgia? — ¡pues entonces hace aplicación de la teología histórica! ¿Se ocupa él en encauzar hacia el hombre la corriente vivificadora del evangelio? — ¡pues entonces se ocupa en teología! Como se ve el pastor está estrechamente vinculado con todos los hombre de una Facultad de Teología.

Ambos, pastores y profesores, somos 'pastores' en la verdadera y primitiva acepción de la palabra. Si los profesores no somos 'pastores', con las habilidades y el corazón de un pastor, hemos perdido nuestro derecho de existencia dentro de la iglesia; pues se necesita ser pastor para poder formar pastores — y esta es precisamente nuestra tarea.

Cada uno de nosotros, sea pastor o profesor, se ve acosado por sus peculiares enfermedades y tentaciones, propias de su oficio. La tentación del profesor radica en su mismo llamado. El es, por el llamado y el encargo de su iglesia, un especialista. Por supuesto, esto es su 'fuerte': el poder concentrarse en un aspecto de la misión y ministerio de la iglesia lo capacita para contribuir al funcionamiento más pleno y eficiente de todos los miembros de la iglesia. Pero esta especialización es al mismo tiempo su debilidad: puede quedar tan absorto por el detalle que se le escape la visión del conjunto; puede perder de vista la cuestión fundamental, a saber: ¿aprovecha esto para la edificación? Y por el hecho de que, en su especialidad, él *sabe* más que sus hermanos, fácilmente puede adquirir la extraña y muy poco cristiana noción de *ser* más.

La obra del profesor está conectada, por fuerza, menos *directamente* con el corazón palpitante de la vida eclesiástica (aunque por cierto no menos *vitalmente!*). Esto tiene sus ventajas: lo que quizás pierde en cuanto a contacto directo, lo gana en perspectiva. Sin embargo, ello trae consigo también una tentación particular: por cuanto el profesor no presta sus servicios a los rebeldes, a los atribulados, enfermos, moribundos y despojados; por cuanto su tarea no lo relaciona con las mil pequeñas penurias de la vida diaria; por cuanto su autoestima es nutrida con las fáciles victorias en el salón de clases — por todo eso está a menudo inclinado a ofrecer soluciones doctrinarias y excesivamente simplificadas a los complejos problemas de la iglesia. En una palabra: si las tensiones van en aumento y la confianza es socavada, raro y altamente envidiable ha de ser el profesor que no tenga necesidad de decir: *Mea culpa, mea culpa, mea máxima culpa.*

En lo que al pastor se refiere: su fuerza peculiar y sus tentaciones particulares... pero ¿para qué entrar en pormenores? Vosotros mismos, estimados hermanos, tenéis la capacidad suficiente para reconocer vuestros propios defectos y debilidades. No nos permitiremos el lujo de arrepentirnos de pecados ajenos sino que nos concentramos en los propios. Pero esto sí suplicamos: en atención a que todos juntos somos teólogos y pastores; que amamos y servimos al mismo Señor; que habremos de comparacer todos ante su trono para dar cuenta de lo que hemos hecho (¡y dejado de hacer! — honrémonos unos

a otros, escuchemos uno al otro, perdonémonos unos a otros, y aprendamos nuevamente a confiar el uno en el otro!

¿SABIA USTED QUE?

¿Sabía Ud. que los delegados de la Iglesia Anglicana se sintieron "electrizados" cuando en su congreso mundial de Toronto en 1963 les fue presentado un nuevo plan? Todas las congregaciones deben cambiar radicalmente su posición frente a la misión. Se espera de cada congregación que junte para la misión mundial por lo menos tanto dinero cuanto gastan para su iglesia y congregación local. Las congregaciones ricas deben considerar lo que debe tener la prioridad y postergar cosas secundarias que no sean absolutamente necesarias a favor de cosas esenciales e importantes de sus hermanos en el mundo. Esto les dijo el dirigente más alto de su iglesia, el arzobispo de Canterbury el que debe saber lo que dice. Además les expuso que la iglesia estaría condenada a estancarse si continuase con los métodos insatisfactorios en vez de concentrar todos sus medios y esfuerzos para las tareas apremiantes. Hay que poner fin a las ideas sobre la misión hasta ahora en uso de otro modo la iglesia no podrá sobrevivir.